

FÉLIX DE AZARA Y LA PROSA ILUSTRADA EN EL VIRREINATO DEL RÍO DE LA PLATA

Javier de NAVASCUÉS
Universidad de Navarra

BIBLID [0213-2370 (2004) 20-2; 211-221]

Félix de Azara fue un destacado militar, geógrafo, naturalista y cronista cuyos textos son fundamentales para el conocimiento de la historia y la sociedad rioplatense durante el siglo XVIII. Aunque sus aportaciones en el campo de la historia son ampliamente reconocidas, su obra en el contexto de la historia de la prosa durante la época colonial ha sido poco estudiada.

Félix de Azara was an outstanding military man, geographer, naturalist and chronicler, whose texts are essential in order to a better knowledge of the history and society of the River Plate region in XVIII century. Although his contribution as a scientist is recognised, his works in literary terms have been less studied.

EL SIGLO XVIII ES ÉPOCA de intensa transformación para el orbe hispánico. A partir del advenimiento de los Borbones, se perciben cambios profundos. Se liquida una jornada. La era de creación artística entrega sus saldos a la clasificación, la crítica y la historia. En cierto modo, a los atenienses suceden los alejandrinos. (Reyes 375)

Estas palabras de Alfonso Reyes, aunque referidas a Nueva España, bien valen para el resto de los dominios españoles en América. La prosa se vuelve seca y precisa en manos de los viajeros o exploradores científicos que descubren el continente con ojos nuevos y lo revelan al asombrado lector europeo. Linneo, Buffon y Humboldt, unos en la distancia y otro en el mismo suelo americano, influyen en los estudios naturalistas que se empiezan a desarrollar en los virreinos. Jorge Juan, Ulloa, Unanue, Mutis o Malaspina son algunos nombres de este espíritu ilustrado que, desde los gabinetes de México, Lima y Santa Fe de Bogotá, o tras las expediciones científicas sufragadas por la corona, trataría de ordenar una vorágine de datos geográficos, naturalistas, etnológicos, históricos y sociales para mayor gloria del conocimiento humano

Sin embargo, conviene también recordar que en el extremo sur del imperio, lejos de los centros neurálgicos de Lima y México, el nuevo espíritu se encausa a través de las élites emergentes del flamante Virreinato del Río de la Plata. En el último cuarto de siglo XVIII esta región marginada durante dos-

cientos años va a ir ganando importancia y algunos sucesos de trascendencia, como la expulsión de los jesuitas en 1767 y las incursiones portuguesas en la frontera, obligan a las autoridades a poner mayor atención en su administración, mediante la inversión económica y el poblamiento de ciudades y campos. En este contexto se impone la aparición también de personajes que, desde la metrópoli, introducen las ideas ilustradas con su labor en el Nuevo Mundo. Así, por ceñirnos ya al terreno de la historia literaria, la prosa científica, tan reconocida en otros ámbitos de la colonia, tiene en Félix de Azara a su máximo representante en el Río de la Plata.

Félix de Azara: vida y obra

Nace Félix de Azara en Barbuñales (Huesca) en 1742, en el seno de una noble familia aragonesa. Entre sus hermanos se cuentan algunos personajes ilustres de la época, como Eustaquio (1727-1797), obispo de Barcelona, y sobre todo, José Nicolás (1730-1804), notable diplomático, humanista y mecenas ilustrado. Félix cursa con brillantez la carrera militar, además de brillar muy pronto como excelente ingeniero. Participa en la fracasada expedición de Argel de 1775, en la que es herido gravemente, lo que le vale un rápido ascenso.

Poco después, su vida cobra un rumbo fundamental. En virtud del Tratado de San Ildefonso, firmado entre España y Portugal y ratificado en El Pardo en 1778, deben rectificarse los límites entre las colonias de ambas potencias en América. Cada parte ha de nombrar una comisión militar de demarcadores que trace sobre el terreno los puntos acordados. Azara recibe el encargo de formar parte de una de las comisiones españolas, la que está al mando de José Varela y Ulloa. En enero de 1782 parte desde Lisboa y, tras una travesía de tres meses, llega a Montevideo. Desde allí inicia una expedición a la frontera portuguesa, en Río Grande de San Pedro, con el fin de concertar los preparativos necesarios con las autoridades militares del país vecino. Después de la misión, el Virrey le encarga ocuparse de la comisión cuyo eje está en Paraguay. Sin embargo, cuando llega a Asunción, se le informa de que no hay noticia alguna de comisarios portugueses. El gobierno de Lisboa no tiene demasiada intención de fijar unas fronteras que perjudiquen sus intereses en la zona, por lo que la espera de Azara y sus compañeros se prolonga durante años sin que nadie comparezca desde el bando portugués. Convencido enseguida de la inutilidad de su misión y de la apatía lusitana, Azara empieza a recopilar datos sobre las tierras que le han sido asignadas. Y en vista de las circunstancias, comenta: “Pensé sacar el mejor partido posible del

largo tiempo que me iban a proporcionar esos retardos” (1998, 38). Llega a ser mucho tiempo, desde luego: trece años. En ese período no se limita a estudiar la geografía del país, sino que sus observaciones abarcan el suelo, la fauna, la flora, la sociedad y la historia del Río de la Plata desde la llegada de los españoles. Como naturalista, se centra sobre todo en el estudio exhaustivo de los pájaros y los cuadrúpedos, a partir de los cuales realiza una sobresaliente contribución a la ciencia de la época. Para obtener la mayor información posible, organiza numerosas expediciones, muchas de ellas costeadas con su propio dinero y a veces a espaldas de las autoridades españolas, que recelan de cualquier actividad que no esté directamente vinculada con la misión demarcadora.¹ Asimismo, conoce y analiza los relatos históricos y pseudohistóricos que se habían escrito durante la conquista. Para ello investiga en los principales archivos de Asunción, Buenos Aires, Corrientes, Santa Fe y las numerosas parroquias que llega a visitar.

Durante su estancia americana cumple con éxito otros encargos recibidos de las autoridades del virreinato. De todas las misiones extrae más datos para su obra, que ya le permitían ocuparse de un espacio más amplio que el Paraguay. Así, recorre toda la frontera del actual Uruguay con Brasil fundando poblaciones para contener el avance portugués. La historiografía uruguaya no ha dejado de señalar que entre los soldados blandengues que lo acompañan se encuentra José G. Artigas, y algunos han sugerido la posible influencia intelectual del ilustrado aragonés en el futuro padre de la patria (Alfageme). En 1796 visita la frontera pampeana y sus líneas de defensa, extendidas a lo largo del Río Salado, con el fin de revisarlas. De allí extrae también observaciones sobre el territorio pampeano.

Por fin, tras casi veinte años de estancia en el Río de la Plata, Azara regresa a Europa. Con los auspicios de su hermano Nicolás, publica algunas obras suyas en París, lo cual le granjea un éxito inmediato entre la comunidad científica.

Su prestigio llega a la corte española: se le ofrece el Virreinato de Nueva España, pero Azara no desea volver a América; se le nombra general de brigada, pero solicita el retiro. Sólo acepta ser miembro de la Junta de fortificaciones de ambas Américas. A partir de aquí su figura se diluye. Sabemos que sigue negándose a cualquier reconocimiento (tampoco aceptará la Orden de Isabel la Católica de manos del absolutista Fernando VII), y se retira a vivir a su pueblo natal, en donde fallece de una pulmonía fulminante en 1821.

Algo más de un siglo después, escribía Enrique Álvarez un elogio no exento de la retórica de la época:

Entre las figuras más gloriosas de la ciencia española, la de Félix de Azara es, si no de

las completamente olvidadas, sí de las insuficientemente conocidas, siendo tanto más de extrañar ese desconocimiento cuanto que su vida puede servir de magnífico ejemplar de las virtudes de la raza, y su genio y patriotismo aunados le hacen acreedor de la admiración y devoción de todos los españoles. (Álvarez 7)

Si no le han sobrado apologistas, tampoco le han faltado algunos contradictores que se han centrado, ante todo, en el presunto antijesuitismo del autor (Mones y Klappenbach 33). Hoy en día el nombre de Azara parece estar por encima de prejuicios ideológicos. De hecho, se le considera una figura de relieve entre los historiadores de la ciencia española, e incluso se le valora como precursor de las teorías de la evolución de Darwin. Asimismo, la historiografía del Río de la Plata lo reconoce como uno de los hombres más eminentes de su época y es fundamental su aportación al conocimiento de la vida rural del siglo XVIII. Sin embargo, llama la atención el escaso interés que se le ha prestado desde la Historia de la literatura, a pesar de los valores de su prosa y, sobre todo, de que, como veremos, algunas de sus observaciones tocan temas fundamentales de la literatura rioplatense del siglo XIX.

En este desconocimiento quizá haya actuado el hecho de que la bibliografía de Félix de Azara contraiga algunos problemas relevantes. De entrada, su obra más difundida, *Viajes por la América meridional*, deriva de una traducción del francés realizada en 1809 y acompañada por una nota biográfica del erudito C. A. Walckenaer, a partir del manuscrito original, hoy perdido. Sólo en 1846 llega la versión en español, editada en Montevideo a cargo de Bernardino Rivadavia, después de haber sido traducida la misma obra al alemán, italiano e inglés. Asimismo, otro texto fundamental, *Descripción e historia del Paraguay y Río de la Plata* aparece póstumamente en 1849 en una edición madrileña a cargo de Basilio Castellanos de Losada. En estos dos textos, cuyas semejanzas en bastantes pasajes son por cierto más que notables, se encuentra lo sustancial del Azara viajero, historiador y antropólogo, además de reunirse numerosas observaciones geográficas y naturalistas. Otros dos libros, de interés mayor para la zoología, son los *Apuntamientos para la historia natural de los pájaros* (1802) y *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y Río de la Plata* (1802). Asimismo, en 1904 se dio a la luz la última obra importante de don Félix: su *Geografía física y esférica de la provincia del Paraguay y misiones guaraníes*. Por último, Azara dejó numerosos escritos breves sobre la vida rural de la región, informes y diarios de viaje, que fueron publicados en su mayoría a lo largo del siglo XIX y algunos permanecen inéditos. Conviene saber que ciertos manuscritos se perdieron durante su envío a Europa, según testimonió su hermano José Nicolás, embajador español en Roma.

Todas estas dificultades, unidas a las circunstancias de gestación (las obras nacieron a partir de las numerosas anotaciones realizadas durante años sin un plan editorial concreto), explican el carácter fragmentario, disperso e incluso repetitivo en ocasiones con que se ha presentado la obra de Azara. Por otra parte, el contenido de muchos estudios suyos (de atracción superior para los historiadores de la ciencia) así como el tradicional relegamiento de la época colonial en la periodización literaria argentina, son dos factores más que influyen en el olvido del Azara escritor de viajes.²

Félix de Azara, el ilustrado

Azara es un escritor volcado en dar a conocer al lector contemporáneo una realidad americana que conoce de primera mano, y en este sentido, se puede emparentar con otros autores de la época (Carrió de la Vandra, sin ir más lejos), aunque es difícil encontrar tal diversidad de materias concentrada en un escritor.³ Su esfuerzo literario se justifica por ser una aportación a la ciencia natural y por la utilidad social y económica de los datos ofrecidos, como dice expresamente en varias ocasiones. Así, su “Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata en 1801”, publicada poco antes de su marcha definitiva de América, nace con la idea de ofrecer remedios al lastimoso estado en que se encuentra el campo rioplatense y sus habitantes. Así, entre otras medidas, sugiere una mayor vigilancia de las costumbres, a través de una educación moral práctica que se imparta desde las parroquias, muy escasas en número. De hecho, se proponen temas de catequesis, desde una óptica iluminista muy de la época. Por supuesto, las indicaciones acerca de los contenidos que deben predicar los sacerdotes hacen referencia a faltas improductivas para la sociedad: “Deberían los eclesiásticos gritar contra los pestíferos vicios, persuadiendo además que el trabajo arreglado es una virtud que hace felices a los hombres” (1979, 113). La pereza y falta de higiene son, en efecto, lacras que Azara lamenta y relaciona con el atraso económico de la región.

También expresa Azara su credo racionalista en su “Introducción” a los *Viajes por la América meridional*, en donde afirma que siempre ha “procurado evitar el estilo de novela, es decir, ocuparme más de las palabras que de las cosas” (1998, 49). El afán de precisión y rigor preside sus observaciones naturalistas,⁴ define su estilo narrativo y justifica sus análisis históricos.⁵ De hecho, sus observaciones sobre la escasa historiografía rioplatense de la época colonial, atacan todo lo que de novelero tienen los textos. El primer cronista, el soldado alemán Ulrico Schmidl, le merece cierta confianza por ser la más exacta e imparcial, aunque no se olvida de matizar su ingenuidad y achacarle

defectos propios de un texto de soldado, como “decir que los indios tenían fosos, estacadas y fortalezas para aumentar su gloria en supeditarlos” (1943, 7). Menos suerte tienen otros escritores, también fundamentales en las historias de la literatura colonial rioplatense. A Azara le importa poco el dudoso valor estético de Martín del Barco Centenera (“los profesores juzgarán su mérito poético”), pero no tiene ningún problema en desacreditarlo como historiador por su capacidad fabuladora (“esta obra es tan escasa de conocimientos locales, y tan llena de tormentas y batallas, de circunstancias increíbles... que creo que no debe consultarse”) (1943, 8). El mismo estímulo racionalista anima sus críticas a Ruy Díaz de Guzmán, Alvar Núñez Cabeza de Vaca o el P. Lozano, incluso con mayor énfasis. A todos les reprocha sus inexactitudes o su parcialidad en la defensa de intereses particulares.

Un interés especial revisten las muchas páginas dedicadas por Azara a la sociedad rioplatense. Basándose en el sistema estamental de la época, establece divisiones según la procedencia étnica y estudia cada grupo de acuerdo con la observación pormenorizada y directa. En el caso de los indios es muy llamativo el exhaustivo análisis de las distintas naciones, sobre todo en comparación con la ligereza de otros análisis contemporáneos. No me refiero, en concreto, a los conocidos prejuicios expuestos en el *Lazarillo de ciegos caminantes*, sino a otros textos menos conocidos, pero más próximos a Azara, como la *Relación geográfica e histórica de la provincia de Misiones* del brigadier Diego de Alvear, primer comisario de la segunda división de límites y, por tanto, compañero de misión.⁶ Alvear trata cuestiones paralelas a las de Azara y, al llegar a la descripción de las “naciones que habitan estos países” observa que “el largo catálogo de todas ellas que refieren los autores, nos llevaría muy lejos sin utilidad” (Alvear 3).⁷ Bien diferente es la actitud de Azara quien, de modo más comprensivo y con rigor de pionero en la etnología, detalla treinta y una tribus, con gran cantidad de referencias.⁸ Aunque, como vamos a ver enseguida, Azara no se puede caracterizar como un apologista del indio, sino que, a fin de cuentas, es un leal funcionario de la corona española, no pasa por alto al lector su mirada de simpatía hacia ciertos aspectos de la vida indígena. Así, alaba en algunas tribus su aspecto físico (algo que no hace precisamente con los blancos de América), su valentía o su nobleza de carácter. De los mbyayás, por ejemplo, pondera la humanidad del trato con sus esclavos, superior a la de los europeos:

Es cierto que los mbyayás quieren mucho a todos sus esclavos; jamás les mandan de un modo imperioso, nunca les riñen, ni los castigan ni los venden, aun tratándose de prisioneros de guerra. Se confían a la buena fe del esclavo, se contentan con hacer lo que quiere hacer por sí mismo, y reparten con él lo que tienen, de manera que ningún pri-



sionero de guerra, aunque esclavo, quiere dejarlos, ni tampoco las mujeres españolas que tienen consigo, aunque algunas de ellas fueran ya adultas y hubieran tenido hijos cuando las cogieron. ¡Qué contraste con el trato que dan los europeos a los africanos! (1998, 59-60)

No obstante, la atención prestada hacia el indio no puede evitar la distancia que guarda el hombre civilizado con el bárbaro, pese a la abundancia de datos, inexplicable sin una atención real hacia el “otro”. El siguiente fragmento, referido a los ritos fúnebres de los charrúas, es un buen ejemplo del seco detallismo de la prosa de Azara, a la vez que muestra la separación irremediable entre los dos mundos:

El marido no hace duelo por la muerte de su mujer ni el padre por la de sus hijos; pero cuando éstos son adultos, a la muerte de su padre se ocultan dos días, completamente desnudos en su choza, sin tomar casi alimento, y éste solamente puede consistir en carne o huevos de perdiz. Después, por la noche, se dirigen a otro indio para que les haga la siguiente operación: coge al paciente un gran pellizco en la carne del brazo y la atraviesa por distintas partes con pedazos de caña de un palmo de largo, de manera que los extremos salen por los dos lados. El primer pedazo se clava en el puño, y los otros, sucesivamente, de pulgada en pulgada, sobre toda la parte exterior del brazo, hasta el hombro y aun sobre él. No se crea que estos pedazos de caña son del grueso de un alfiler, sino que son astillas cortantes de dos o cuatro líneas de ancho y cuyo grueso es igual por todas partes. Con este triste y espantoso aparato sale el salvaje que está de duelo, y se va solo y desnudo a un bosque o a cualquier altura, sin temer al jaguaré ni a los otros animales feroces porque están persuadidos de que huirán viéndolos ataviados de tal modo. Lleva en la mano un palo armado de una punta de hierro, y se sirve de él para cavar, con ayuda de sus manos, un hoyo donde se mete hasta el pecho y donde pasa la noche en pie. Por la mañana sale para ir a una cabaña, semejante a las ya descritas y que está siempre preparada para los que están de duelo. Allí se quita las cañas, se acuesta para descansar y pasa dos días sin comer ni beber. Por la mañana y los días siguientes, los niños de la tribu le llevan agua y algunas perdices, o sus huevos, en muy poca cantidad; los dejan a su alcance y se retiran corriendo, sin decir una palabra. Esto dura diez o doce días, al cabo de los cuales el doliente va a buscar a los otros. Nadie está obligado a estas bárbaras ceremonias, pero no obstante, es muy raro que dejen de realizarse, porque el que no se conforma exactamente a ellas es considerado como débil; este concepto es su único castigo; y aun no le daña en la sociedad a la que pertenece. (1998, 18-19)

El ilustrado, el racionalista Azara remata la semblanza de los ritos charrúas con un sarcasmo característico suyo que elude cualquier interpretación razonable sobre el suceso: “Los que creen que el hombre no obra nunca sin motivo y que pretenden descubrir la causa de todo podrán ejercer su curiosidad en buscar el origen de un duelo tan extravagante entre esta nación de indios”.



(1998, 19)

Quizá, en el fondo de esta ironía está la civilización europea retrocediendo ante una barbarie incomprensible que es, como en el grito de Kurtz en *El corazón de las tinieblas*, “el horror”, el pánico ante el vacío del hombre asimilado a la naturaleza. Lo irracional escandaliza. Para el naturalista Azara, el clasificador infatigable de pájaros y cuadrúpedos, el ser humano es el único animal no asimilable por la razón, porque, como dice en otro lugar, “el hombre es un ser incomprensible, y sobre todo el hombre salvaje, que no escribe, que habla poco, que se expresa en una lengua desconocida, a la que faltan multitud de palabras y expresiones, y que no hace más que lo que le imponen las pocas necesidades que experimenta”. (1998, 7)

Una repugnancia semejante se observa a veces en el panorama dibujado sobre algunos españoles y mestizos afincados en América, sobre todo los del área rural, es decir, aquellos que se alejan de la ciudad civilizadora. Sin embargo, Azara no pide una transformación de la distribución social. Para paliar situaciones lamentables, el escritor diagnostica remedios que reconduzcan a la civilización dentro del campo: instrucción laica, catequesis religiosa y formación en las técnicas modernas de cultivo. De los hombres del campo lamenta su suciedad y su ignorancia. Hasta tal punto sorprende su postración que “en cuanto a vestidos, o más bien desnudez, no llevan mucha ventaja a los indios infieles, y sus asquerosas habitaciones están siempre rodeadas de montones de huesos y de carne podrida, porque desperdician cuadruplicada de la que aprovechan” (1979, 113). No deja de señalar tampoco la afición por los caballos, que no abandonan ni siquiera para ir a misa, quedándose a las puertas de la iglesia (1998, 199),⁹ ni por las peleas a cuchillo, ya que, según Azara, las armas de fuego les molestan por lo complicado de su mantenimiento y la dificultad de manejarlas mientras se galopa. Su semblanza final nos aproxima bastante a la imagen que proyecta la literatura del siglo siguiente sobre el gaucho. De hecho, esta palabra, “gaucho”, comparece en su *Descripción e Historia del Paraguay del Río de la Plata*, siendo una de las primeras veces que se registra:¹⁰

Además de los dichos hay por aquellos campos, principalmente por los de Montevideo y Maldonado, otra casta de gente, llamados más propiamente gauchos o gauderios. Todos son por lo común escapados de las cárceles de España y del Brasil, o de los que por sus atrocidades huyen a los desiertos. Su desnudez, su barba larga, su cabello nunca peinado y la obscuridad y porquería de semblante, les hacen espantosos a la vista. Por ningún motivo ni interés quieren servir a nadie, y sobre ser ladrones, roban también mujeres. Las llevan a los bosques, y viven con ellas en una choza, alimentándose con vacas silvestres. Cuando tiene alguna necesidad o capricho el gaucho, roba algunos caballos o vacas, las lleva y vende en el Brasil, de donde trae lo que hace falta.

Yo recogí, entre otras, a una de tales mujeres españolas; me contó que hacía diez años la había robado un tal Cuenca: que a éste le había muerto otro, que a éste había muerto un tercero; y era éste el que la estaba poseyendo. (1943, 203)

Llama la atención que un texto como éste no sea más citado entre los estudios generales de la poesía gauchesca, que suelen quedarse tan sólo con el de Carrió de la Vandra en el *Lazarillo de ciegos caminantes* o con las páginas de *Facundo* como precedentes en prosa de la existencia del gaucho. Azara recoge su existencia antes que Sarmiento y ofrece un boceto que se asimila a la imagen de fuera de la ley que inmortaliza José Hernández, aunque éste último lo haga con superior estatura literaria y moral.

La alta valoración de Félix de Azara en la historia de la ciencia española está fuera de toda duda. Como humanista ilustrado, su actuación en el último cuarto del siglo XVIII en la región del Río de la Plata, tiene una importancia innegable, en la medida en que representa la introducción del nuevo espíritu de las luces en el virreinato. Su labor como escritor nunca pretendió, en cambio, situarse en el terreno de las bellas letras. Sin embargo, por lo que venimos señalando, parece necesario tener en cuenta su obra para comprender la vida literaria y cultural de su época, así como la inmediatamente venidera. Nunca entró en el campo peligroso de lo ficcional y en eso compartió la vocación de tantos otros literatos de su tiempo. Estas páginas quieren ser, pues, una vindicación de un autor escasamente conocido en el ámbito literario y que, sin duda, enriquece el panorama, todavía algo raquítico, de la literatura virreinal del Río de la Plata.

NOTAS

1. Se le autorizó a desarrollar sus investigaciones siempre que no interfiriesen sus trabajos de la Comisión Demarcadora mediante un decreto del 26 de mayo de 1788, es decir, seis años después de haberlas iniciado (Mones y Klappenbach 33).
2. Como estudia Barcia, a lo largo del siglo XIX las visiones historiográficas argentinas postergan el período hispánico y, en su mayoría, comienzan en 1810. Debe destacarse, sin embargo, la figura de Juan María Gutiérrez, él mismo estudioso de Azara, quien sitúa al aragonés dentro de los cronistas de la época colonial (122-23). También cabe resaltar el intento aislado de Ernestina López (209-10). En el siglo XX la historiografía literaria rehabilita los siglos anteriores a la Independencia, pero no a Félix de Azara. Esta situación y una reivindicación de su valor para la historia literaria, se puede encontrar en el citado trabajo de Enriqueta Morillas.
3. Bartolomé Mitre hablaba de Azara como el Humboldt del Sur de América (ver González 2).
4. Azara trabajó muchos años sin apenas conocimiento de la bibliografía fundamental

- sobre zoología y botánica. Él mismo se consideró siempre un autodidacta, ya que su formación era ante todo matemática. Sólo en 1796, cuando pasó a residir en Buenos Aires, conoció la obra fundamental de Buffon.
5. Aunque tampoco es imparcial, por supuesto. Básicamente las tesis históricas de Azara defienden los métodos laicos de la colonización frente a los eclesiásticos, que considera inútiles, al mismo tiempo que defiende la humanidad de la conquista española frente a la leyenda negra (ver Alfageme y otros 99-112).
 6. El texto fue sacado a la luz por el erudito Pedro de Angelis en 1836, pero data de los tiempos en que el autor, como Azara, estaba en América, es decir, entre 1782 y 1804, fecha de su regreso.
 7. Otro autor confrontable con Azara es Antonio Ulloa en sus *Noticias americanas* de 1792. Ulloa es mucho más exhaustivo que Alvear, pero su impresión también deja un saldo muy negativo (ver Alfageme y otros 94). Para la imagen del indio en los viajeros del Río de la Plata, puede verse Davilo y Gotta 25-44. El texto es interesante, aunque no podemos dejar de subrayar cierta escasez de testimonios, con alguna omisión tan sorprendente como la del mismo Azara.
 8. Azara es contemporáneo de las primeras expediciones científicas en Europa. Forster, compañero de Cook, y Buffon, el célebre naturalista francés, son considerados pioneros de la etnología, pero el ilustrado aragonés, por sus comprobaciones biológicas, debiera incluirse junto a ellos (Alfageme y otros 70-72).
 9. No obstante, Azara también admira estas capacidades: “Es increíble el conocimiento de los caballos: basta ver a doscientos o más por dos minutos paciendo en el campo, para que digan al día siguiente si falta uno y de qué color es” (1943, 202). En un autor tan poco propenso a la exageración, tan ponderado y minucioso en sus explicaciones, no dejan de sorprender ésta y otras observaciones sobre los gauchos. Aunque quizá fueran exactas...
 10. Abad de Santillán (1976, 249) sitúa el primer testimonio escrito en la Argentina en el Diario de Juan Francisco Aguirre, de 1783. Aguirre fue ingeniero militar y compañero de Azara en la comisión demarcadora. Pero hay que tener en cuenta también el testimonio sobre los “gauderios” del *Lazarillo de ciegos caminantes*, publicado en España en 1773, y los “guasos” del poema de Maciel (1777). Por otra parte, el texto de Azara es de 1790, ya que pertenece a la *Descripción...*, redactada ese año para el Cabildo de Asunción, aunque publicada medio siglo después.

OBRAS CITADAS

- Abad de Santillán, Diego. *Diccionario de argentinismos*. Buenos Aires: Tea, 1976.
- Alfageme Ortells, C. y otros. *Félix de Azara, ingeniero y naturalista del siglo XVIII*. Huesca: Diputación Provincial, 1987.
- Álvarez López, Enrique. *Félix de Azara: siglo XVIII*. Madrid: Aguilar, 1935.
- Alvear, Diego de. *Relación geográfica e histórica de la provincia de Misiones*. Ed. Pedro de Angelis. Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1836.
- Azara, Félix de. *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*. Buenos Ai-

- res: Bajel, 1943.
- . “Memoria sobre el estado rural del Río de la Plata”. *Pensamiento de la Ilustración: economía y sociedad iberoamericanas en el siglo XVIII*. Ed. José Carlos Chiaramonte. Caracas: Monte Ávila, Biblioteca Ayacucho, 1979. 112-24.
- . *Viajes por la América meridional*. 2 vols. Buenos Aires: El elefante blanco, 1998.
- Barcia, Pedro Luis. *Historia de la historiografía literaria argentina: desde los orígenes hasta 1917*. Buenos Aires: Pasco, 1999.
- Davilo, Beatriz y Claudia Gotta, eds. *Narrativas del desierto: geografías de la alteridad*. Rosario: UNR, 2000.
- González, Julio César. “Mitre y Azara”. *Descripción e historia del Paraguay y del Río de la Plata*. Buenos Aires: Bajel, 1943. 3-5.
- Mones, Álvaro y Miguel A. Klappenbach. *Un ilustrado aragonés en el Virreinato del Río de la Plata: Félix de Azara (1742-1821)*. Montevideo: Anales del Museo Nacional de Historia Natural, 1997.
- Morillas Ventura, Enriqueta. “Transformaciones culturales en los textos rioplatenses: el caso de Félix de Azara”. *España y Argentina en sus relaciones literarias*. Ed. Enriqueta Morillas. Lleida: Asociación Española de Estudios Literarios Hispanoamericanos, 2002. 25-35.
- Reyes, Alfonso. *Letras de la Nueva España*. México: Fondo de Cultura Económica, 1948.
- Varios. *Influencia de Félix de Azara en el pensamiento artiguista*. Montevideo: Junta Departamental de Montevideo, 1967.